



Me dispongo a la oración con estos textos

“ Nos interesan hombres [y mujeres] vivos, con cuerpo y alma, que eso sí que sabemos bien lo que son, puesto que nosotros somos uno de ellos, con nuestras flaquezas y nuestros heroísmos, nuestras virtudes y nuestros pecados. Hombres [y mujeres] vivos, que Dios crea a su imagen y semejanza, redimidos por Cristo y llamados a ser hijos de Dios y herederos de su gloria.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.IV. 198

“ Demos un salto hacia una forma nueva de vida y descubramos definitivamente que nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado.

–Fratelli tutti, 35

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Acabamos de celebrar la festividad de Todos los Santos. La fiesta de todas las personas buenas que habitaron nuestra existencia, y que hoy la siguen poblando. Quienes no callan ante la injusticia, quienes entregan su vida. Quienes transparentan en ella al Dios de la misericordia entrañable. Quienes nos recuerdan cada día que nuestro Dios es un Dios de vivos: porque para él todos están vivos.



Las buenas personas

*Lo he visto en la tele
lo he oído en la calle.
El periódico lo trae cada día,
a todas las horas hablan de ello.*

*Nadie sabía quién era;
nunca se habló de ella,
cómo la iban a buscar ahí,
si toda la gente pensaba
que era alguien de fuera.*

*Pero, esa persona se acercó
al que pedía limosna en la puerta del supermercado
al que sufría el desmantelamiento de la sanidad pública,
a quien reclamaban servicios para los barrios,
a la que luchaba por unas pensiones dignas,
y por un trabajo decente, y una vida humana.*

*Y comenzó a conocerlo,
le ayudó a llevar la carga,
acarició a la que lloraba,
escuchó sus historias
y comenzó a protestar con ellas.*



*Y, como sin querer, se hizo prójimo,
se hizo persona
servidora, consoladora, cuidadora,
y preparó una fiesta para todos ellos.*

(Álvaro Franch, adaptada)

Hoy me dice LA PALABRA...

Lucas 20, 27-38. No es Dios de muertos, sino de vivos.

Se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer».



Jesús les dijo: «En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

El texto comienza con esa pregunta sobre la resurrección que plantean a Jesús quienes no creen en ella. Está claro que es una pregunta capciosa, cargada de hipocresía. La respuesta de Jesús va por dos caminos. Les dice que la vida futura de los resucitados es una vida transfigurada –son hijos de Dios– y vivida en presencia de Dios –son como ángeles–. La resurrección no es una mera continuidad de esta vida. Y, por otra parte, les recuerda que el Dios cristiano no es un Dios de muertos, pues para Él todos viven. Es un Dios que da vida generosa y abundantemente, en la vida futura y en esta vida. Las promesas de Dios son siempre ofrecimiento de vida.

Quizá nunca como hoy hemos banalizado tanto a Dios. Unos porque lo reducen a un teorema de laboratorio sobre el que discutir lejos de la vida, otros porque se empeñan en «defenderlo», aunque sea condenando a la humanidad y a costa de la vida de los pobres. Los hay que saben lo que Dios ha de ser y hacer, y se atreven a dictárselo, para hacer de él una caricatura a nuestra imagen. Hay quienes, sabedores absolutos de su voluntad, no dejan de invocar su «autoridad» opresora, a tiempo y a destiempo. Otros lo han convertido en la marca blanca de sus propias revoluciones partidistas.

Jesús, que no suele teorizar sobre Dios, confiesa en este pasaje su fe en que Dios «no es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos». Es un Dios que crea la vida, la sostiene y la lleva a plenitud. Por eso la manera de creer en él no es la de las disquisiciones de laboratorio, sino acogerlo prácticamente en nosotros como fuente y fundamento de nuestra existencia para vivir en su presencia amorosa, y transformar nuestra propia vida en fuente de vida para otros.

A Dios lo encontramos donde hay vida. Donde late el deseo de la vida plena, humana y digna; donde se lucha y se trabaja por esa vida humana posible cada día. Lo encontramos donde nos abrimos a su amor y a su presencia. Lo encontramos también donde es necesario enfrentar los signos de muerte que amenazan la vida. Donde esa dignidad sagrada de cada persona es negada, herida, maltratada. Lo encontramos donde la vida se da por amor para que otros puedan vivir, donde se trabaja para que las instituciones estén al servicio de la vida de las personas. Lo encontramos donde con generosidad y gratuidad hacemos de nuestra existencia un don para los demás.

Crear en la resurrección no es cultivar un optimismo desencarnado en la esperanza de un final feliz. Cuando vivimos la fuerza de la resurrección, y descubrimos a un Dios apasionado por la vida, podemos vivir como hombres y mujeres resucitados, capaces de amar y defender la vida con la misma pasión de nuestro Dios, y empeñar nuestra existencia por amor en acabar con todas las muertes, porque nuestro Dios es un Dios de vivos.

Por eso no es posible creer en la resurrección sin un compromiso constante y vital por la vida digna de cada ser humano, por la vida cuidada de la creación.

¿Qué necesito para vivir como creyente en la Resurrección? ¿Qué he de cambiar para ello en mis actitudes y prácticas? ¿Qué he de pedir al Señor?



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Señor, tú eres la vida

Señor, Tú eres la Vida, mi Vida, la Vida verdadera.
Ante el miedo a la pérdida, Tú mi abundancia.
Ante la inseguridad de lo desconocido, Tú mi certeza absoluta.
Ante el dolor y la impotencia, Tú la fuerza que me sostiene.
Ante la oscuridad y el no saber, Tú la luz que ilumina mis opciones.
Ante la parálisis de mi cobardía, Tú el impulso de cada intento.
Ante lo que parece que no tiene salida, Tú mi horizonte infinito.
Sí, Señor, yo creo que Tú eres el Cristo.
La Resurrección y la Vida,
mi Vida, la verdadera Vida.

(Gloria Díaz Leonart)

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas,
nuestras alegrías y nuestras penas...

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú,
trabajar contigo, y vivir en Ti.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.

